

campos opuestos la mayor abundancia. Era el 9 de Agosto año 706 de la fundación, que Roma se computaba en sus calendarios y en sus fastos á sí misma. Los nombres inmortales de las antiguas letras helénicas rebrotan ahora de nuevo. Óyese hablar del Peneo y del Olimpo. Los lugares donde se libra una guerra civil romana presenciaron dos siglos antes la conquista del Asia. Con razón el sublime y enérgico poeta de la república, en su epopeya de Farsalia, viendo águilas romanas frente á águilas patrias, las enseñas patrias frente á las enseñas patrias, maldice una edad que mide por las fuerzas los derechos y conjura los dos ejércitos á que vayan contra el enemigo común, seguros de que podrían ambos á dos con su pujanza, convertida en honor y en pro del pueblo romano y de sus hogares, vengar la muerte de Craso y extender sus conquistas desde los hielos del polo hasta las abrasadas arenas donde brota el Nilo. Pero las guerras civiles privaban más entonces que la conquista del mundo, y Pompeyo sólo se acordaba de acabar con César y César con Pompeyo. A las orillas del Enipeo tendíanse las dos líneas de batalla y los dos enormes contendientes. Pompeyo reservaba su infantería, teniéndola con cuidado á la defensiva, seguro de que sus numerosos, y ágiles, y disciplinados jinetes, expedidos contra los escuadrones

opuestos, muy débiles de suyo y muy torpemente sumados, traeríanle los comienzos de una definitiva y suprema victoria. Bien habían menester las legiones pompeyanas de á pie una fuerte asistencia, porque César las atacó rabioso, conmoviéndolas profundamente. Heroico y corto el encuentro, mas previsto por César que sus jinetes no podrían por largo espacio sostenerlo, colocólos, cual una especie de fortaleza humana, encubriéndolos y ocultándolos con arte, á fin de que llegaran hasta ellos los enemigos y en ellos fácilmente se rompiesen y estrellasen. Sucedió como lo había previsto. La caballería pompeyana, lo mejor del ejército aquel, se rompe contra tal escollo. Y al verla volver grupas, cuando todo se libraba en su heroísmo, un comienzo de pánico sacude los nervios de todos los legionarios republicanos. Los flecheros cretenses quedaron rotos. Las líneas terceras de combate, que había reservado, entran de refresco y caen sobre sus contrarios con ímpetu, aplastándolos bajo su inmensa pesadumbre. Como todo el plan de Pompeyo consistiera en romper el centro del ejército cesariano con su caballería superior, y envolver las dos alas en el inmenso número de su infantería, dió la batalla por definitivamente perdida, se retiró á su tienda, y se negó á proseguir aquella lucha, en la cual no había ni siquiera entrado el grueso de am-

bos ejércitos. Una reacción sobre sí mismo, un aliento dado á los suyos con la palabra ó con el gesto, la resolución de morir mostrada en aquel instante, un arrojo que le hubiera lanzado en medio de las huestes dispersas para reanimarlas y rehacerlas, acaso lo salvara todo y hundiera en el polvo la fortuna y la insolencia del contrario. Pero acostumbrado Pompeyo á que la victoria le buscara á él y no él á la victoria, como le sucediera ya otra vez en sus luchas con Sertorio, en cuanto vió sus legiones repasar el Erípeo, arrojó las pesadas insignias de mando, y pidiendo un caballo en reposo, montólo, hundióle con furor los talones en el vientre y corrió á orillas del mar, donde, requerida velera nave, huyóse á Lesbos, y de Lesbos al Asia, y del Asia tristemente al Egipto, cuyos reyes y magnates, que le debieran tanta protección, temerosos de una hospitalidad nefasta, le descabezaron sin piedad y le ofrecieron la cabeza, que fuera un tiempo también cabeza del mundo, al afortunado vencedor. Los soldados cesaristas no habían solamente roto al ejército republicano, lo habían por completo destruído en el más vergonzoso aniquilamiento. Veinte mil entregaron las armas, quince mil cayeron muertos en la pelea. De las once águilas que llevaba el enemigo, nueve ¡ah! volvieron á sus legiones. El milite simple y raso entró en el

ejército cesarista; el de alguna mejor condición sufrió muchas crecidas y confiscaciones violentas; los caballeros y los patricios, en su mayor parte, fueron condenados á muerte. He ahí la batalla de Farsalia.

El mundo mostró una vez más en esta ocasión suprema su bajeza y su miseria. Todas las gentes enemigas del vencedor cayeron á sus pies despalmadas y se los besaron. Pompeyo, que había deslumbrado al Oriente con sus correrías y tenídole por vasallo, no logró, después de su derrota, ni un aliado, ni un amigo en todas aquellas vastas regiones. Desde la mercantil Fenicia y el Egipto y el Asia Menor, hasta las más ilustres ciudades griegas, como Rodas y Atenas, llegaron en tropel á los harenes del victorioso y maldijeron al vencido. El Bósforo, deudor al general republicano de innumerables franquicias, desertó de la debida gratitud, sin acordarse cómo desertaba de la honra. Entre tantos pueblos y entre tantos reyes, Numidia y Juba se distinguieron solamente por su fidelidad, y eso por el miedo natural á no encontrar perdón, ceñidos como estaban á su causa con ligaduras indisolubles. Si así procedieron los pueblos, imaginaos cómo procederían primero los partidos y después los individuos. El partido constitucional, si no creyó que se hallaba el derecho donde se ha-

Haba el triunfo, fué de una cobardía sin ejemplo. Casio entregó la escuadra del Ponto Eusino, que hubiera quizás batallado todavía con gloria y con fortuna en pro de Pompeyo. Cicerón se partió á Brindis para volver á Italia, no sin expresar que había seguido las banderas de Pompeyo en cumplimiento del deber y sin confianza ninguna en su valor y en su mérito. Deudor, como ya sabemos, de César, que le prestara gruesas sumas, apercibióse á pedirle perdón por sus culpas políticas y prórrogas á sus pagos urgentes. Triste, muy triste ver al representante de las antiguas instituciones, al orador excelso de la tribuna más ilustre que había entonces en el mundo, al representante de la idea jurídica y de la libertad parlamentaria, deudoras las dos de mucho lustre á su inspirada elocuencia, rendirse como el soldado último de Farsalia, y arrastrar por los suelos su historia en cartas escritas en estilo que debían cien generaciones aprender, y congraciarse vilmente con el poder y la fortuna, como si en tanta gloria y en tanta grandeza no hubiera un alma, ó en esa grande alma no hubiese amor á la gloria y á la inmortalidad. Pero lo más extraño y maravilloso de todo fué la increíble conformidad y resignación del severísimo republicano Bruto. César encargó á sus gentes, por auténtica recomendación de Servilia, que requirieran

dónde se hallaba y lo llevaran sano y salvo á su presencia. Obedecieron los agentes de César con aquella fidelidad habitual á su persona y á sus órdenes. El odio se detuvo en presencia de un hombre que tanto lo merecía por su repulsión á las innovaciones y por su fidelidad á la república. Mientras varios compañeros suyos caían segados por la espada exterminadora de aquellos vencedores, á quienes emborrachaba la cólera, él recibía homenajes y respetos múltiples, como si en vez de hallarse con los vencidos se hallara con los vencedores. César le recibió con agasajo y hasta le recompensó con elevadísimo puesto para que pudiese consolarse un tanto del eclipse, mejor dicho, del ocaso en que cayera la romana libertad. Por de pronto pudo creerse completamente apagado sobre las aras de Roma, Vesta sacratísima, el fuego perenne de los antiguos ideales. Aquel Junio Bruto que sacrificara sus hijos en aras de la libertad; aquel Mucio Escévola que se maldijera y se castigara furioso é implacable por haber marrado un golpe suyo á la tiranía; el austero censor, el honrado Camilo, el íntegro Cincinato, los héroes y los mártires del temple de aquellos hijos que dieran á Roma las entrañas fecundísimas de Veturia y de Cornelia, parecían todos atados, sin excepción de uno solo, al carro del vencedor.

Mas para honra del género humano surgió la personalidad estoica de Catón. Pocas almas nos interesan en el grado de su alma, pues Porcia calcó la suya propia sobre la severa y rudísima de su padre. Asceta, verdadero asceta el patricio, en medio de la sociedad, con el ascetismo propio de un repúblico antiguo, sus virtudes privadas y particulares no llegan al nivel mismo de sus virtudes públicas. La idea de libertad excepcional, y la idea de patria romana, y la idea de gente patricia resplandecían en su alma sobre la idea de familia y sobre los conceptos fundamentales de la moral privada. El poeta de los estoicos, de los republicanos, de los vencidos en Farsalia, el tribuno inmortal que se alza con sus versos vengadores y sus cóleras sublimes frente á frente de César y de su victoria, el épico de toda esta catástrofe, Lucano, recuerda sin escrúpulo, al presentarlo en apoteosis, la vuelta de su mujer, cedida á Hortensio y reincorporada de nuevo en su amor, en su hogar, en su lecho, viuda ya del orador, y después de haber con su cuerpo servido al aumento de una familia noble y dado en otra parte y á otra estirpe retoños nuevos con sus varios hijos. Un satírico pintaba de esta suerte la posición del romano respecto de su mujer: «La entregó joven y se la devolvieron rica.» En una de sus correrías por Orien-

te, como le hospedara cierto rey del Asia menor en su palacio, le captó y enamoró la mujer. Llamábase Psiquis ésta, y la palabra *psiquis* en griego significa tanto como alma, por lo cual decían que tuvo Catón *el Joven* un alma regia paseándose por el cuerpo republicano. Mas fuere de todo ello lo que fuere, su característica principal es la protesta enérgica contra la victoria bruta. Y tal protesta, que transmitió á su hija Porcia, estoica también, brilla sobre su tumba su nombre, su historia, su política, su tradición toda entera con resplandor inextinguible, á cuya calorosa luz muchas almas se avivan en la virtud y se resisten al hado. Catón demuestra la libertad humana en su vida y en su muerte, pues nada enseña tanto la posesión del hombre sobre sí mismo como la facultad omnimoda de inmolarsé y sacrificarse, disponiendo de sí propio al dictado de la conciencia é imposición y mandato de la propia voluntad. El bruto está de tal suerte por sus instintos encadenado, que no puede sustraerse al deseo de vivir; pero en nosotros, en la especie humana, el instinto de conservación, tan fuerte, se halla sometido por completo así á la conciencia como á la razón, y bajo el dominio verdaderamente omnimodo de la voluntad individual. Rehacerse contra la victoria con reacción tan sublime como la del estoico romano, y disponer de

sí mismo hasta darse con serenidad la muerte, actos resultan en presencia de los cuales habrán las generaciones de prosternarse como ante las aras donde han caído los mártires y como ante la cruz donde han muerto los redentores. Y cuando con vigor de conciencia tan grande y una fuerza de voluntad tan verdaderamente incontrastable se transmiten por herencia de un hombre fuerte como Catón á una débil mujer como Porcia, nuestra estima, la estima de tales virtudes extraordinarias debe crecer en proporción y en medida con su increíble inverosímil grandeza. Sublime y muy elevada el alma de Catón, impuesta y librada en el culto á la república, pero mucho más elevada y sublime cuando se piensa y se considera cómo ha sabido transmitirla en vínculo hereditario á una mujer cual Porcia, quien, muerto su padre, la recibe y la guarda en su seno con sus ideas capitales, resplandeciendo después de transpuesta en el sepulcro como el sol suele resplandecer en los celajes de una tarde serena después de puesto en el ocaso. El individualismo cristiano germánico de los tiempos modernos suma en el hombre virtudes privadas, mas resta virtudes públicas; la confusión de los individuos con los Estados en el mundo antiguo, lo que podríamos llamar más ó menos gráficamente socialismo helenolatino, suma en el hombre virtudes pú-

blicas y resta virtudes privadas. Por tal motivo no debe maravillarnos que un transmisor de la propia mujer á otro como Catón, y un usurero de sus rentas y provechos como Bruto sean para la posteridad modelos acabadísimos y perfectos de públicas virtudes. Catón resistió á César. El poeta cordobés lo ha dicho en la frase quizás más profunda y más hermosa que haya legado el mundo antiguo al mundo moderno: *Victrix causa diis placuit; sed victa Catoni*. Los dioses podían, después de Farsalia, irse con el vencedor; Catón se iba con el vencido. No conozco reivindicación alguna tan sublime de la voluntad y de la conciencia humana, irguiéndose ante sí, por sí, sobre sí, contra los decretos del cielo y las fortunas del mundo. Esta oposición del menor número al mayor, esta lucha con la victoria ciega, esta resistencia del débil al poderoso, este arresto de morir sin miedo antes que claudicar cayendo al pie de la fortuna, este combate á muerte con los hados siquier parezcan divinos, toda esta omnipotencia de la voluntad individual que llegó sin miedo á enseñorearse de sí misma sabiendo que tras la muerte nada puede pasarle, ha engendrado en su seno todos esos actos del heroísmo llamados los grandes sacrificios, en cuyo fuego se purifican y esclarecen todas las almas enérgicas, muy necesitadas del estímulo y del ejemplo. Protestar como

protestó Catón *el Joven*, contender como contendió, morir como murió, resulta una tal serie de actos sublimes, que la historia no tendría entrañas seguramente si no se detuviera y se inclinara en su presencia. Nosotros debemos ahora detenernos é inclinarnos más porque se halla contenida en el alma de Catón el alma de Porcia.

Estaba el filósofo en Cirene cuando supo el triste fin de Pompeyo. Muerta la república romana con este defensor suyo, y triunfante la monarquía nueva, repugnó á tanta desgracia sobrevivir, y tomó la dirección de Utica, no en busca de un refugio, en busca de un sepulcro. Sabiendo cómo debía proceder para no abandonar la causa de los suyos antes de lo debido, encaminóse hacia un puerto de las riberas africanas, poco seguras á un vencido, por hallarse poblada de númeras traidores y fenicios mercaderes. Él no creía que la razón estaba con la fuerza, que nacía de una victoria una legitimidad, que pudiera el crimen pasar á virtud porque lo dorara el tiempo con sus esmaltes y lo ungiera el género humano con sus adulaciones y con sus besos. Rotas las leyes; desconocida la soberanía del Senado; puestos los haces de los lictores contra el pueblo y por el monarca; en el Foro destruída la tribuna de los Rotros y en el Capitolio alzados númenes propicios á la tiranía; trocadas las sacras colinas, donde

tronaran los oradores, en peldaños del trono; la Ciudad Eterna con amo como la sierva de los harenes orientales, constituíase una tierra nueva, dentro de la cual no había ni aire respirable para su alma, ni espacio siquiera para su cuerpo. Pompeyo ha perecido bajo el doble peso de su infortunio y de su nombre; tócale á Catón perecer también. Mas antes quiere decir la última palabra sobre aquel á quien llamaba su jefe y aquietar sus manes con algún profundo consuelo. No encontraba en Pompeyo aquella rigidez histórica de los antiguos romanos, por no permitirlo, sin duda, la tristeza de unos tiempos que confundían el triunfo con el derecho y demandaban á la virtud severa holocaustos para el vicio feliz. La prepotencia de Pompeyo se diferenció de la prepotencia de César en que pudo ejercerse y desarrollarse con rigor sin detrimento ninguno de la libertad. El pueblo le hubiera nombrado señor, y él se contentaba con la dignidad modesta de ciudadano. Le tuvieron los senadores por jefe; mas, así como su prepotencia militar no dañara de ningún modo á la libertad, su jefatura parlamentaria no dañó al Senado. Jamás creyó que debía dominar en Roma porque hubiera vencido á los enemigos de Roma. Obligóle tanto más todo lo recibido del pueblo, cuanto menos obligado se creía éste á dárselo por cesión, y más podía,

en la completa de sí mismo, rehusárselo. Rico, enriqueció más las cajas de su patria que la propia caja. Noble, creyó que su nobleza le imponía el aprecio, no el desprecio de su pueblo. Siempre que opuso á cualquier causa las armas fué para seguidamente deponerlas. Quería el ejército mientras duraba la guerra. La paz del mundo le agradaba más que la victoria propia. Corrió á la cabeza del ejército como á la cabeza del pueblo, más con resolución de servirlos que de mandarlos. Su persona fué siempre al ostentoso lujo repulsiva y al vicio corruptor su casa. Él se hubiese, no complacido, sí avergonzado de reinar. Así en la misma hoguera donde se consumieran sus restos acababan de consumirse la libertad, la ley, la república. El cielo quiso favorecerle al fin, permitiéndole morir víctima de un monarca y no vasallo de otro. Los que nacieron libres deben apresurarse, cuando recelan que se acerca un tirano, á morir por su libertad. Si Roma, en vez de tribunos, ofrece tan solo Césares, hasta las almas de los muertos en la república deben cerrarse á todas las evocaciones, y no venir del silencio y del olvido á escuchar el romano silencio y ver allí el triste olvido de todas las antiguas virtudes. Así es que importara mucho á los buenos morir en tal estado y tener para la pira de su cadáver tal virtud que hiciese á

su sombra inmortal sorda por completo á todos los conjuros y á todas las evocaciones. Duerma en buen hora la Ciudad Eterna el sueño de todos los vicios; pero que no despierte con sus ronquidos á los buenos. Inútiles por completo las trípodes y las consultas para los númenes de la muerte. Lo que se necesita con ella es una firme y segura voluntad. En fin, jamás acabaríamos si hubiésemos de contar todos los pensamientos que cruzaban la inteligencia de Catón á la hora de saber ya muertas la libertad y la república en Roma. En todos estos pensamientos predominaba uno tan sólo, el pensamiento de amor al descanso y al reposo en brazos de la eternidad. Morir equivalía en el fondo á triunfar. Y equivalía en el fondo á triunfar porque la vanidad orgullosa de César, así como requería esclavos de todos los pueblos para mostrar su fuerza, requería jefes de todos los partidos para mostrar su misericordia. Podían á esto conformarse Cicerón, el cual, fugitivo, desde Farsalia á la triste Brindis iba componiendo frases elocuentes que colocar en la diadema de César; Bruto, que aceptaba sin escrúpulo el gobierno de la Galia cisalpina, hostigado por su madre Servilia; Casio, quien había cedido entre los estremecimientos primeros de la derrota una escuadra; pero no el alma de Catón. Y debió añadir que también el alma de su hija Porcia, don-